



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Las ciudades y las ideas: interpretación de una sociedad nueva

Autor: Betancourt Mendieta, Alexander

Forma sugerida de citar: Betancourt, A. (1999). Las ciudades y las ideas: interpretación de una sociedad nueva. *Cuadernos Americanos*, 5(77), 177-188.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 77, (septiembre-octubre de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## Las ciudades y las ideas: interpretación de una sociedad nueva

Por Alexander BETANCOURT MENDIETA  
Facultad de Filosofía y Letras,  
Universidad Nacional Autónoma de México

*Mucho queda, y quedará siempre, por investigar, pero con los materiales ya reunidos es posible emprender obra de conjunto con espíritu de síntesis, sin esperar —larga espera, y vana— a que esté completo el repertorio de los datos. Y tanto más ejemplar y oportuno cuando el autor sabe recordarnos que el pasado es lección para el presente si sabemos leer*

Pedro Henríquez Ureña

**L**A OBRA del historiador argentino José Luis Romero (1909-1977) conforma un ejercicio ejemplar, que lo ha convertido en uno de los clásicos de la cultura latinoamericana; él fue, en efecto,

de aquellos historiadores que realizaron con certero juicio el ajuste fundamental entre el presente y el pasado, en quienes se dio una fecunda conjunción entre el saber y la experiencia viva —términos decisivos de la meditación histórica— y a quienes debió la colectividad de su tiempo el haber alcanzado una clara conciencia de su posición y de su naturaleza.<sup>1</sup>

Punto por punto la obra de Romero llenó estos requisitos que alguna vez él mismo reseñaba como guía comprensiva del quehacer histórico y, como casi todo clásico de la cultura latinoamericana, se halla sumido en el más indescriptible abandono por parte de la ciencia histórica latinoamericana. Su obra es clásica porque dejó atrás “la perezosa facilidad, la ignorante improvisación” para tra-

<sup>1</sup> José Luis Romero, “Crisis y salvación de la Ciencia Histórica”, *De Mar a Mar Revista Literaria Mensual* (Buenos Aires), año II, núm. 5 (febrero de 1943), en la antología elaborada por Luis Alberto Romero, *La vida histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p. 38.

tar de alcanzar la "claridad y la firmeza" en un campo como la historiografía, acosado hoy día por la enfermedad que Gabriel García Márquez atribuyó a una de las épocas de Macondo, "la Peste del Olvido". En la ciencia histórica latinoamericana hay mucho por hacer con respecto a un objeto de estudio como América Latina, a pesar de los esfuerzos de toda una vida de divulgación y trabajo honradamente intelectual de hombres como Mariano Picón Salas, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, que señalaron en la tradición historiográfica latinoamericana unos problemas y un estilo metodológico que han sido desconocidos para dar paso a los fáciles formalismos allegados a América Latina por el siglo xx.<sup>2</sup>

La imagen de América Latina que ha sido elaborada en la extensa obra bibliográfica de José Luis Romero fue construida desde la perspectiva de un historiador de la burguesía europea. No había sido poco su empeño: penetrar la historia de Occidente. Una larga experiencia como historiador de la Antigüedad y la Edad Media europea fue el inicio de su actividad historiográfica que inauguró con el libro *La crisis de la República Romana: los Gracos y la recepción de la política imperial helenística* (1942), pasando por textos como *Maquiavelo historiador* (1943), y toda una serie de trabajos cortos, ensayos y sumarios que culminarían en una de sus obras mayores: *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967). Estas publicaciones dan las señas de un hombre dispuesto a dominar completamente el oficio: perfeccionando su técnica, esclareciendo la escritura, pero, sobre todo, fortaleciendo una concepción del mundo, de la vida y de la historia que fue capaz de plasmar en la reconstrucción de los procesos históricos; por ello, su trabajo sobre la historia de Europa determinó la perspectiva de análisis desde la cual elaboró una imagen inédita de América Latina. Su actividad como historiador medievalista y como militante del Partido Socialista Argentino le significó un lugar marginal en la historiografía nacional argentina. De ahí que un par de balances que le fueron contemporáneos ni siquiera mencionan su obra.<sup>3</sup>

<sup>2</sup>Cf. el balance que desconoce esta corriente en la ciencia histórica latinoamericana, Tulio Halperin Donghi, "Situación de la historiografía latinoamericana", *Revista de la Universidad Nacional* (Bogotá), núms. 17-18 (mayo-agosto de 1988).

<sup>3</sup>Cf. Héctor José Tanzi, *Historiografía argentina contemporánea*, Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1975; Horacio Juan Cuccorese, *Historia crítica de la historiografía socioeconómica argentina del siglo xx*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1975.

La posición insular de la obra de José Luis Romero se refuerza aún más porque llevó a cabo un ejercicio muy nombrado pero poco realizado en el gremio de los historiadores, limitados por las sospechas que desde el siglo XIX despertó la filosofía de la historia: Romero reflexionó sobre su oficio hasta llegar a esbozar una teoría de la historia; sobre ella se sustentó la metodología que había ido creando, puliendo y adaptando en sus interrogaciones a la realidad histórica a través de la convivencia con las fuentes de la tradición cultural occidental y latinoamericana. Esta preocupación se caracteriza por un planteo inverso al de las interpretaciones, elaboradas por un considerable número de teóricos latinoamericanos y tan popularmente divulgadas, que se caracterizan por defender un *a priori* en el que los conceptos condicionan a los textos. Si bien su tarea filosófica fue tempranamente interrumpida por el rayo de la muerte, con lo cual su intención quedó esquemáticamente planteada, Romero pretendía abarcar la totalidad del ejercicio histórico en la definición del fenómeno que llamó de la vida histórica; el empeño de lo que pudo haber sido está allí, en el trasfondo de todo lo que alcanzó a elaborar y publicar.

Latinoamérica, por su parte, fue una preocupación temprana pero que se consolidó en la etapa más madura de la carrera de José Luis Romero, en contrapunteo con sus estudios sobre la historia medieval europea. A mediados de los años cuarenta atendió la invitación que le formulara Daniel Cosío Villegas para escribir uno de los tomos de la colección *Tierra firme* del Fondo de Cultura Económica de México, gracias a la recomendación de su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña. El resultado fue su libro más difundido: *Las ideas políticas en la Argentina* (1946); de allí brotó la inquietud por explicar su historia nacional, no como un especialista sino ejerciendo responsablemente lo que en alguna ocasión calificó como su "tarea de ciudadano": "Siempre con la ansiedad de quien se juega la vida confundido en una multitud cuyos pasos no sabe quién dirige". Pero a diferencia de muchos de los historiadores que le antecedieron y que fueron sus contemporáneos, y cuyo papel era caracterizar solamente a "la parroquia", a veces llamada "Nación", como el único modo de justificar un nacionalismo paco, Romero fue más allá de su entorno local, pensó a la Argentina pero en el marco de aquello que la contenía; de este modo, las preocupaciones como investigador de la burguesía europea adquirieron lentamente la fisonomía de un interés vital por explicarse a

sí mismo el papel que en la historia de Europa occidental había tenido la realidad cultural de la que hacía parte. Así dio el paso para analizar de qué modo el sistema de ideas elaborado en Europa desde la Edad Media se proyectó hacia América, “donde la europeización se desarrolló de manera radical”.

Toda su obra se enfrentó con diversidad de obstáculos por superar piénsese nada más en todas las limitaciones de un historiador enclavado en la ciudad de La Plata que ansiaba conocer la Edad Media europea—, pero su inquietud por América Latina no tenía problemas más fáciles por resolver; entre ellos, la situación de Romero en la convulsionada Argentina del siglo xx, su ir y venir en la universidad de acuerdo con las circunstancias políticas, su figura independiente y exótica en la historiografía argentina. Éste es el marco de su tarea para explicar a Latinoamérica, donde las condiciones de saber histórico acumulado implicaban la inexistencia de esbozos objetivos que le permitieran aproximarse con seguridad a los fenómenos latinoamericanos considerados en su conjunto; él mismo concluía que los esquemas que pudo tener a mano “tenían innumerables preconcepciones tradicionales y fórmulas retóricas que oscurecían su fisonomía”. Esto lo obligó a hacer un experimento de interpretación de la historia americana con base en un denodado esfuerzo en la consulta de fuentes. El reto que se le planteaba lo describió en el primer ensayo del poco difundido *Latinoamérica: situaciones e ideologías* (1967) como “una larga frecuencia de las fuentes, una vigorosa crítica para descartar los esquemas insostenibles y cierta imaginación para proponer nuevas hipótesis” que ponía en juego lo que ya había logrado como historiador medievalista: una sistematización elaborada para superar las condiciones de un historiador aislado en la Argentina.

Su método partía de la concepción de la crisis como el momento donde surge el interés por el autoconocimiento de una sociedad, que al mismo tiempo puede hacer derrumbar y germinar culturas. En las crisis algo muere, pero también algo nace, y es a este último aspecto al que Romero presta toda su atención, ya que confiaba en que la historia podía

proveer al hombre de un criterio seguro para la acción; ante el mundo, sabrá descubrir los espectros que, creados por fuerzas anónimas, pueden ser destruidos, evitando así su peligro; sabrá descubrir las empresas que las generaciones pasadas emprendieron y que es deber suyo proseguir; sabrá,

por último, que cada época como cada hombre debe jugar su carta: hacer la historia y no dejarla hacer.<sup>4</sup>

La historia de la cultura fue el aparejo desde donde emprendió la realización de la nueva tarea que se había propuesto. La historia cultural que se hacía en América Latina en la década de los sesenta tenía una estrecha relación con la historia de las ideas y los criterios que sobre ella habían impuesto las primeras obras de Leopoldo Zea, las cuales posibilitaban una analogía entre las condiciones sociales en las que se habían adaptado ciertas ideas en América Latina y las condiciones sociales en las que se habían elaborado y difundido estas ideas en Europa, lo cual era atractivo para Romero porque podía conjugar su trabajo anterior con esta nueva preocupación. Sin embargo, el historiador argentino señalaba en un escrito de 1965 que los problemas que vivía Latinoamérica favorecían la inquietud por los temas de historia social como una vía para la comprensión de estas dificultades, pero “la historia social no ha tenido en las últimas décadas el desarrollo que hubiera podido esperarse, y aún aparece agobiada por la tradicional gravitación de la historia política”.<sup>5</sup> Se refería Romero a la dificultad para separar, en esa época, el interés político partidista de los trabajos y las conclusiones de los estudios históricos y de las demás ciencias sociales. Pero, específicamente a la tendencia de una de las principales corrientes de la historiografía contemporánea, conocida como la escuela de los *Annales*, que trataba de deslindar del ejercicio de la historia el tema de la política y con ello se constituyó en el origen de las invariables “nuevas historias” nacionales.<sup>6</sup> A pesar de ello, Romero confiaba en que un mejor desarrollo en este tipo de estudios históricos esclarecería los supuestos, al igual que los mecanismos profundos, que operan en la historia política, tan difundida en todos los países latinoameri-

<sup>4</sup> José Luis Romero, “Dos puntos de vista. Historia política e historia social”, publicado inicialmente en *Annales* en el número de marzo-abril de 1965 con el título “Les problèmes de l’histoire sociale en Amérique Latine”, fue recopilado por su autor en el libro *Latinoamérica: situaciones e ideologías* (1967) y después reeditado en la antología elaborada por Luis Alberto Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, p. 13.

<sup>5</sup> José Luis Romero, *La formación histórica* (1936), publicado originalmente por la Universidad Nacional del Litoral en Santa Fe y recogido en *La vida histórica*, p. 41.

<sup>6</sup> Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa: la escuela de los Annales 1919-1989*, Barcelona, Gedisa, 1993 y Peter Burke, ed., *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993.

canos, y pondría en evidencia otros planos de su vida histórica, que aparentemente habían sido mejor estudiados.

La historia de la cultura que trasciende hacia una historia social, está unida en la obra de Romero a los fenómenos de la historia de las ideas.<sup>7</sup> Dicha actitud metodológica tiene un punto de partida claro: las ideas son tanto las expresiones sistemáticas de un pensamiento metódicamente ordenado como la expresión de lo que se va constituyendo lentamente como interpretación de la realidad y de sus posibles cambios. En *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo xx* (1965) afirmó su desinterés por la exposición de las ideas que se expresaran como pensamiento sistemático porque “la historia de las ideas no puede ser una mera yuxtaposición de historias parciales de innumerables campos de la reflexión”, de allí que afirmara como su objetivo final:

Esbozar un cuadro de conjunto en que se muevan las corrientes de ideas y de opiniones a través de los grupos sociales que las han expresado, defendido o rechazado, para descubrir cómo han obrado sobre las formas de la vida colectiva, cómo operaron a través de grupos —mayoritarios o minoritarios— según el diverso grado de vigencia que alcanzaron, cómo inspiraron ciertas formas de comportamiento social o cómo expresaron los contenidos de ciertas actitudes espontáneas.<sup>8</sup>

De esta manera, la relación entre la historia social y la historia de las ideas quedaba establecida, y se ponía en evidencia la interrelación entre la sociedad y las ideas que produce y que circulan en su conformación interior. Romero consideraba que las ideas espontáneas son las más influyentes en la realidad de la vida colectiva, porque se manifiestan como una cierta forma de mentalidad; es decir, suponen una actitud espontánea frente a la realidad y un esquema de las formas que se desea que ella adopte, mientras las ideas sistemáticas son “elaboradas”, esto es, “pensadas”, por una élite que forja una síntesis de los diversos imaginarios que ha construido la mentalidad a través de la producción intelectual como los libros, las pinturas, la música etcétera.

<sup>7</sup> José Luis Romero, “Reflexiones sobre la historia de la cultura”, *Imago Mundi. Revista de Historia de la Cultura* (Buenos Aires), núm. 1 (septiembre de 1953), pp. 3-14, y “Cuatro observaciones sobre el punto de vista históricocultural”, *ibid.*, núm. 6 (diciembre de 1954), pp. 32-37. Estos trabajos están reeditados en la compilación *La vida histórica*, pp. 121-130 y 131-137 respectivamente.

<sup>8</sup> José Luis Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo xx*, México, FCE, 1965, p. 7.



Desarrollar una interpretación de la historia latinoamericana desde la perspectiva de esta historia de las ideas tiene relación con una particular concepción del cambio histórico. Tal concepción el historiador argentino ya la había desarrollado en sus estudios medievales con base en la interrelación en el orden factual entre la realidad y la imagen del futuro que los integrantes de una colectividad elaboran proponiendo una estructura potencial. Este descubrimiento lo llevaba a afirmar que en el campo historiográfico “no se habían explorado metódicamente las relaciones entre la realidad social y las corrientes de ideas y opiniones” a pesar de ser fenómenos muy vigorosos que pueden aglutinar a individuos y grupos sociales de una manera singular hasta alterar “las relaciones derivadas de la estratificación social”.<sup>9</sup>

De acuerdo con esta concepción, surgida en el enfrentamiento con la historia medieval, una prefiguración de la realidad americana va adquiriendo lugar en el proceso de comprensión histórica de José Luis Romero, la cual llega a manifestarse abiertamente en la aseveración tajante de que Latinoamérica se constituyó desde el siglo xv como una proyección del mundo europeo, “mercantil y burgués”. Esta aseveración da comienzo a su obra mayor, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976), detrás de la cual se perfila una cuestión trascendental: ¿Latinoamérica tiene una unidad real?

El camino que señala mejores perspectivas para responder a esta cuestión es tratar de aclarar las relaciones entre Europa y América. De acuerdo con el punto de vista de José Luis Romero, con relación a Europa, Latinoamérica se presenta como una unidad; esto implica que América Latina se ha desarrollado en contacto estrecho con Europa “en una suerte de diálogo de muy variados matices”. El análisis de este “diálogo” podría explicar los procesos autónomos que se dieron desde el comienzo de la historia de América Latina, o sea desde el Descubrimiento; estos procesos autónomos se han conjugado con otros desencadenados fuera de su área, “dirigidos y controlados desde Europa” y es por eso que “Latinoamérica ha debido ajustar su desarrollo a ciertas constricciones impuestas por quienes conservaban el poder de decisión o ejercían influencias decisivas”. Esto no significa sino que “el desarrollo latinoamericano resulta de cierto juego entre una

<sup>9</sup> José Luis Romero, *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967. Hay una edición corregida y aumentada en México, Siglo xxi, 1974; *Estudio de la mentalidad burguesa*, Madrid, Alianza, 1987.

vigorosa originalidad y una necesidad de adecuarla luego a ciertos esquemas de origen extraño que la limitan y constriñen”.<sup>10</sup>

Este punto de partida conduce a Romero a señalar la gran importancia que tiene el estudiar las relaciones entre Latinoamérica y Europa, sobre todo si lo que se quiere es “establecer las líneas autónomas del proceso de desarrollo histórico latinoamericano”, ya que la dependencia latinoamericana de Europa se estableció en la “instancia de las decisiones”, lo que no implica desconocer que han existido influencias europeas decisivas para el proceso cultural latinoamericano ejercidas no sólo a través de la autoridad sino también a través del prestigio en todo el conjunto de las sociedades latinoamericanas a lo largo de su historia. Esto ocasionó, a veces, que por algún tiempo las relaciones con el exterior se manifestaran como un enfrentamiento agresivo, al margen de los sectores regidos por la influencia o el poder europeos, porque se habían desarrollado diversos tipos de mentalidades por debajo de los esquemas sociales vigentes hasta irrumpir en su madurez como “expresión de una realidad antes ignorada”. Esta postura marca una distancia con quienes predicán una originalidad latinoamericana a partir de un exotismo definido como “lo real maravilloso americano”, o con los planteamientos del “ser americano” propuestos desde una perspectiva ontológica basada en conceptos como la raza y aun con quienes conciben a América Latina como un territorio diferente debido, exclusivamente, a su situación de dependencia económica.

Romero afirma que Latinoamérica percibió muchas cosas distintas a través de la palabra “Europa”, y lo que recepcionó suscitó diversas reacciones que se integraron en un espontáneo y original sistema de actitudes. A pesar de que eran respuestas a estímulos extraños, es muy importante indicar que, de acuerdo con este contexto, “Europa” más que como un ámbito geográfico ha sido comprendida como un ámbito cultural de donde América Latina recogió muchos de sus contenidos, empezando por los de la Conquista y colonización; ello no obvia la existencia de otros contenidos provenientes de las demás sociedades que también influyeron en la formación de Latinoamérica, con lo cual Romero se instala en una

<sup>10</sup> José Luis Romero, “La situación básica latinoamericana frente a Europa” (1963), publicado en la revista *Diogène* de París en julio-septiembre de 1964 con el título de “América Latina y la idea de Europa”, fue editado por su autor en *Latinoamérica: situaciones e ideologías* y recogido en la antología de Luis Alberto Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, p. 21.

tradición que se origina en la olvidada obra de Andrés Bello y, antes que en el propio Romero, concluía en Pedro Henríquez Ureña. De este modo, América Latina fue abordada por Romero desde una concepción de la historia que la abarcaba en un proceso histórico más general, como era la historia de la mentalidad burguesa.

La última obra de Romero publicada en vida, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*,<sup>11</sup> es una demostración de análisis de la peculiaridad de la realidad latinoamericana, donde ya no tiene cabida la acomplexada comparación, tan usual en los estudios latinoamericanos, con los procesos históricos e ideológicos de Europa, sino que es un ejemplo de aproximación profunda a la “originalidad”, no en el sentido ontológico con el que se pretendió usar esta palabra por muchas décadas, de los procesos históricos de América Latina. Esta conclusión se desprende de los fenómenos que se propuso investigar en dicha obra, los cuales ya habían sido expuestos desde antes en textos como *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo xx* (1965) y el ya citado *Latinoamérica: situaciones e ideologías* (1967). El interés de Romero por el pasado latinoamericano se centraba en problemas como la formación de la sociedad, el proceso de constitución de los grupos burgueses, el papel hegemónico de las ciudades y los rasgos peculiares de las grandes corrientes de ideas y de opiniones surgidas en los espacios urbanos, sobre las cuales se edificaron las formas de la vida social y las creaciones de la cultura. Pero para llevar a cabo el estudio de estas cuestiones Romero planteó un punto de partida crucial con respecto al saber histórico existente, la certeza de que “la historia del desarrollo latinoamericano no podía ser la mera yuxtaposición de historias nacionales”<sup>12</sup> porque la consideración de este tipo de esquema comprensivo hace que la imagen de “proceso”, que para él es la esencia de la historia, se vea fragmentada y se pierda la posibilidad de analizar la “continuidad”.

José Luis Romero ya había encontrado en *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967) que la expansión del fenómeno urbano es fundamental para dilucidar el devenir de la historia occidental. Este hallazgo es la columna vertebral de su giro hacia el pasado latinoamericano, que alcanza su plena realización en la “poderosa reconstrucción histórica” que es *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*; por eso, allí se describe cómo la ciudad fue el

<sup>11</sup> México, Siglo XXI, 1976.

<sup>12</sup> José Luis Romero, “Situaciones e ideologías” (1967) en Luis Alberto Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, p. 10.

medio por el cual penetraron las ideas europeas a América Latina y de qué manera los grupos sociales que se forjaron en ellas les dieron formas, las difundieron, las conservaron y crearon otras; de esta manera, la ciudad americana, que tuvo para España, especialmente, la capacidad virtual de conformar la realidad, determinó que los procesos históricos latinoamericanos se movieran en una triple relación dialéctica entre el campo, la ciudad y la metrópoli, que marca el hilo conductor del devenir histórico latinoamericano.

Las ciudades americanas se convirtieron en focos de homogeneización y dependencia del mundo colonial, pero en ellas comenzó no sólo a darse la intermediación de la ideología metropolitana, sino que se crearon nuevas ideologías que sirvieron de respuesta a las situaciones que se iban dando espontáneamente en cada región, y de acuerdo con esto se puede describir cómo muchas de las ciudades latinoamericanas y sus grupos sociales a fines del siglo XVIII comenzaron a reajustar el mundo hispánico al mundo internacional, “mercantil y burgués”, con lo cual se explica por qué en la América Latina del siglo XIX comienza a explicitarse un doble proceso después de la Independencia. Ese doble proceso de las sociedades latinoamericanas gira en torno a la adecuación a los nuevos modelos europeos siguiendo sus líneas de cambio y al tipo de respuestas que se le debían dar internamente a las transformaciones derivadas de sus propias estructuras; es decir, las adaptaciones a las nuevas relaciones entre los distintos grupos sociales y entre las ciudades y el campo. José Luis Romero llamó a estos procesos el desarrollo heterónomo y el desarrollo autónomo respectivamente; ambos aspectos se hallan implícitos a lo largo del proceso histórico latinoamericano desde el siglo XV hasta el siglo XX. De este modo, la propuesta metodológica e interpretativa de *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* está en su insistencia por puntualizar de qué manera el desarrollo heterónomo de las ciudades con su desarrollo autónomo sirvió de marco a la elaboración de las culturas y las subculturas urbanas y a la creación de las nuevas y determinantes relaciones entre el mundo rural, el mundo urbano y la metrópoli; o sea, cómo se estableció en Latinoamérica ese juego dialéctico entre las ideologías y las estructuras reales que permiten que este estudio quiera “ofrecer más de lo que habitualmente se le pide a la historia”.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> José Luis Romero, *Latinoamérica las ciudades y las ideas*, p. 10.

De acuerdo con todos estos postulados, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* plantea un inédito cuadro de periodización de la historia americana, que tiene como base el tipo de mentalidad o estilo de vida que se va forjando en las ciudades de acuerdo con sus condiciones externas: funciones de las ciudades en el Imperio colonial y en la región que las circunda, al igual que sus condiciones internas: la tensión entre el ideal de vida y la realidad irreductible a ese ideal. De esta forma se describe allí el proceso de formación de aquello que Pedro Henríquez Ureña había denominado la “sociedad nueva”, desarrollada en el marco de sociedades urbanas y rurales, se subraya la diversidad y la complejidad de la realidad latinoamericana y se destaca como hecho importante la continuidad y el sentido de la historia de América Latina al evidenciarse la maleabilidad de las ideas en sus grupos sociales. Las citas que hace Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* señalan otra particularidad de su trabajo con respecto a las demás historias de América Latina escritas hasta la época de su publicación y quizás hasta hoy, y consiste en el inédito uso de fuentes testimoniales, como relatos de viajeros, manifiestos, novelas, poesías, crónicas, memorias que llenan el “Índice de autores citados” en vez de los acostumbrados nombres de las colecciones documentales, aunque después de la lectura atenta del libro no es posible proclamar su desconocimiento de otro tipo de trabajos historiográficos; más bien podría decirse con Tulio Halperin Donghi que

esa lista no oculta ninguna deuda intelectual demasiado pesada; si aquí o allá parece adivinarse que su pensamiento ha encontrado estímulo en el de algún otro estudioso, es por otra parte indudable que ha prescindido de enterarse “del estado de la cuestión”. Ello suponía rivalizar no sólo con los meritorios pioneros de la historia urbana latinoamericana del tardío siglo XIX, sino con un esfuerzo de indagación del pasado que en el último medio siglo se ha hecho más sistemático.<sup>14</sup>

Lo cual dice mucho de las propuestas hechas por este trabajo para la historiografía latinoamericana contemporánea, encerrada en su

<sup>14</sup> Tulio Halperin, “José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina”, *Revista de Ciencias Sociales* (Buenos Aires), vol. 20, núm. 72 (julio-septiembre de 1980), aparecido después como postfacio en la recopilación de trabajos de José Luis Romero hecha por Luis Alberto Romero en *Las ideologías de la cultura nacional y otros ensayos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, pp. 187-236,

momento en el dogmatismo y la parcialidad de las “escuelas históricas” y de las politizadas conclusiones de las demás ciencias sociales, vueltas en el momento presente a la necesidad de teorizar para tratar de encontrar un paradigma, quizás un nicho de dogmas de fácil digestión, que oriente el estudio sobre la realidad histórica latinoamericana, una vez agotados los alcances de lo que se había tomado por verdad absoluta.

La obra de José Luis Romero partió de un convencimiento profundo de que la unidad de la historia latinoamericana le serviría para encuadrar en un marco de sentido la fracturada historia de su nación con base en un “conocimiento sereno” de la realidad histórica y social de América Latina, que a su vez le permitió hablar de la “originalidad americana” como un proceso histórico en confrontación con un horizonte general. Esto hace de la totalidad de su obra un hito que continúa una tradición cultural latinoamericana iniciada desde el siglo XIX en la figura de Andrés Bello y que desde esa época ha propuesto una serie temática y metodológica que se hace necesario revalorar para intentar de nuevo el reconocimiento de la realidad latinoamericana.